

Alicia Martínez

Enseñanzas del Silencio de

Monatiel

2^a
edición

DESCLÉE DE BROUWER

alicia martínez

Enseñanzas del Silencio de Moratíel

Ilustraciones de Carmenmaría Hernández Alonso

2ª edición

Desclée De Brouwer

1ª edición: noviembre 2016

2ª edición: marzo 2021

© Alicia Martínez Martínez, 2016

© Ilustraciones: Carmenmaría Hernández Alonso, 2016

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2016

C/ Henao, 6 – 48009 Bilbao

www.edesclee.com

info@edesclee.com

Facebook: EditorialDesclee

Twitter: @EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-2885-3

Depósito Legal: BI-1452-2016

Índice

Agradecimientos	13
Prólogo por Javier Melloni	15
Introducción. La docilidad al Silencio	19
SECCIÓN I. ENSEÑANZAS DEL SILENCIO.	27
1. Pedagogía del Silencio	29
¿Qué hacer con el cuerpo? Saber estar	29
¿Qué hacer con la atención? Observar la mente	30
Asentarse	33
2. Interrogantes clave para el hombre	35
¿Qué buscáis?	35
¿Cómo serenar la mente?	39
¿Qué nos separa de dentro?	40
Tendencias del ego	43
¿Cómo se accede dentro?	49
Señales de haber entrado en el mundo interior	52
¿Qué cosas brotan de dentro?	54
¿Sobre qué edificar la vida?	56
La casa	56
Moradas de la casa	57

ENSEÑANZAS DEL SILENCIO DE MORATIEL

3. La búsqueda del Reino	63
Adentrándonos en nuestro corazón	64
El <i>Silencio</i> , la Tierra Prometida	66
Centrados	67
Descansando dentro	69
Lo que se desvela en el <i>Silencio</i>	70
El canto del alma	72
Y se hizo la luz	73
4. El encuentro con la Otredad	77
El Encuentro	77
El Hombre: entre el cielo y la tierra	78
La lección de la naturaleza	79
Un mandamiento nuevo	80
Recibirse a uno mismo	81
5. El Silencio: Camino, Verdad, Vida	85
El Camino	85
La Verdad	88
La Vida	88
6. Vivir es pasar	93
Déjalo todo	93
El mundo de lo desconocido	94
Tírate, yo estoy aquí	96
7. Sobre el Silencio	101
SECCIÓN II. LEYENDAS	111
Sobre tener una buena relación con uno mismo.	112
Sobre la insatisfacción del ego	119
Sobre el desprendimiento	120
Sobre no esperar nada	124

ÍNDICE

Sobre otra mirada	129
Sobre el no-hacer	130
Sobre el camino del Silencio	132
Sobre las horas oscuras	136
Sobre nuestros miedos	139
Sobre la influencia cósmica del Silencio	139
SECCIÓN III. AFRONTAR LA DIFICULTAD	143
Buscadme en vuestro corazón. Cartas durante la enfermedad	143
SECCIÓN IV. DISCÍPULOS DEL SILENCIO	151
APÉNDICE. Citas de la Biblia en los Silencios, tomadas de la Biblia de Jerusalén.	181



A los discípulos del Silencio,
por su perseverancia en el camino del corazón

*“Te basta ser un caminante, un peregrino,
un aventurero de la Resurrección”. J.F. Moratiel O.P.*

Agradecimientos

Al padre Moratiel, que dio un vuelco definitivo a la vida de cada una de las personas que lo conocimos, y que nos sigue acompañando y lo hará siempre. Él abrió un camino y para los primeros que lo recorren supone siempre un mayor esfuerzo, por eso quiero agradecerle, queremos agradecerle (porque en esto seguro que hablo en nombre de todos sus discípulos) su valentía, su fidelidad a sí mismo, su amor por la vida, a la que él llamaba el *Silencio*. No hay, no puede haber palabras para expresar la gratitud que siento hacia el padre Moratiel, hacia la vida que lo trajo a esta existencia y que nos regaló el privilegio de conocerlo, quererlo y ser queridos por él. Cada uno de nosotros era especial para él, todos lo éramos, porque como él decía, amar es hacerse presente al otro.

Este libro es solo un gesto de gratitud, respeto y amor hacia él y hacia lo que nos transmitió: el camino del *Silencio*, el camino del corazón.

También quiero agradecer a la familia de J.F. Moratiel y a sus hermanos de la Orden de los Dominicos en Pamplona, en especial, y a la Orden en general, su comprensión y apoyo para que este libro viera la luz. Siempre seré deudora de su amabilidad y atención.

A Javier Melloni por su aliento cuando más falta me ha hecho y por su valoración y respeto a estos textos, así como por las palabras tan bellas que nos regala y que prologan este libro, mi gratitud de todo corazón.

A todos los que con su palabra y su corazón han querido acompañar este texto en su último capítulo, discípulos todos del Silencio, que viven desde él y para él, mi más profunda gratitud por su acompañamiento y su aportación para poner el punto y final a estas Enseñanzas.

A Carmenmaría Hernández por ofrecerse generosamente a ilustrar este libro y acompañarme en su elaboración. Sus dibujos son el alma callada de estas palabras, son la escucha silenciosa, la serenidad y la calma del corazón.

A Sor Purificación y Ángeles, por su apoyo e impulso a este proyecto, así como por su labor constante y callada en la divulgación de las enseñanzas del padre Moratiel.

A Manuel Guerrero, por ser el primer impulsor para que estos textos pudieran ver la luz y a todos con los que he compartido los *Silencios*, por su presencia.

Prólogo

Javier Melloni

Difícilmente se podría haber encontrado un título más adecuado, más discreto y también más bello para un libro como este. Un libro que brota tanto de un maestro como de una discípula. En verdad, la fuente de ese brotar procede de un lugar que les trasciende a ambos: la sabiduría que nace del Silencio. Silencio es otro modo de hablar de la presencia de Dios que anida en el fondo del ser humano y de todas las cosas, ese fondo que, cuando se vislumbra, cambia el sabor de todo.

La fecundidad de una vida y de una obra se percibe en el rastro que dejan, por la perdurabilidad que tienen cuando la persona ha partido. Tal es el caso de José F. Moratiel. Fundó la *Escuela del Silencio* hace más de treinta años. Diez años después de su muerte, sus círculos siguen teniendo plena vigencia y su presencia sigue viva en muchos de los que plantó la semilla del silencio.

Tuve el don de conocer al P. Moratiel personalmente en Manresa, en el convento de dominicas de Santa Clara. Mantuvimos una larga conversación, honda y sobria, tal como era él. Yo acababa de volver de la India tras la estancia de un año. Le pregunté si él había estado allá. Me respondió espontáneamente: “No he estado nunca en la India. Es la India la que ha venido a mí”. Propiamente, las fuentes orientales que nutrieron a F. Moratiel, más que las índicas, provinieron del zen. Es bueno saber que al comienzo de

su andadura se acercó a esta práctica, pero enseguida sintió que su llamada era otra: bucear en los pozos de la tradición cristiana. Moratiel pertenece a lo más genuino de la orden dominica, fundada bajo el carisma y la llamada de la *Contemplata aliis tradere*, es decir, “llevar a los demás lo contemplado durante la oración”. Así, pues, bebió, se nutrió y ahondó en las claves de su propia tradición y pudo redescubrir autores de su propia orden como el Maestro Eckhart y Taulero. La gran diferencia de aproximación con los estudios eruditos promovidos en los últimos años sobre estos místicos medievales es que no lo hizo desde la erudición académica o la investigación especulativa, sino desde la experiencia del silencio y de la contemplación. A su vez, eso no le impidió indagar en otras tradiciones religiosas y espirituales, tal como atestiguan los relatos que gustaba narrar, algunos de los cuales están recogidos aquí.

José F. Moratiel se adelantó a su generación. Preparó el terreno en un momento en que la necesidad del silencio todavía no era evidente. Varias décadas antes señaló esa tierra, ese estado interior que cada vez nos parece más imprescindible. Fue un precursor y un percusor. Con su vida y en sus textos mostró que el silencio es un don y también una práctica, un estado y también un ejercicio. Implica toda la vida y, a la vez, requiere de tiempos escogidos que hay que cuidar y cultivar. “El silencio es la seducción del absoluto” dijo en algún momento. Murió de paro cardíaco, con el corazón cansado de tanto latido. Fue el sello de una vida entregada. Dejó escritos seis libros, aunque decía que “el silencio no se escribe, se vive”.

Hasta aquí respecto al maestro. Respecto a la discípula, la aportación de Alicia Martínez a esta obra es tan discreta como fundamental. Por un lado, deja la palabra al maestro. Lo hace sin adornos ni ropajes. Simplemente transcribe su enseñanza oral tal como fue enunciada y pronunciada. Si bien es cierto que el tono y timbre de una voz forman parte del impacto de la presencia física, también es cierto que cuando la palabra es verdadera y es

PRÓLOGO

transcrita fielmente, conserva toda su fuerza cuando se lee. Esto es lo que sucede con estos apuntes que tratan de ser lo más literales posibles a su fuente original.

Pero Alicia ha hecho algo más que una mera transcripción. En estas páginas también está recogida su propia experiencia del silencio. A través de una fidelidad sostenida, fue anotando a lo largo de varios años los destellos más lúcidos y más penetrantes del maestro. Esta sedimentación le ha permitido identificar y agrupar una enseñanza diseminada a lo largo del tiempo. Estamos, pues, ante unas palabras vivas y vividas no solo por el maestro sino también por la discípula. Esto es lo que da un valor añadido a este libro que, siendo de Moratiel, también es de Alicia porque estas palabras han pasado por ella. No solo han pasado por ella, sino que la han traspasado.

Me queda una cosa más por decir en el prólogo de este libro cuya autora me ha brindado escribir tan amablemente. Alicia ha tenido la delicadeza de dar la palabra a otros discípulos, de modo que a través de su testimonio podemos captar el impacto de Moratiel y de su enseñanza sobre más personas. Este libro hace honor a las palabras que él había pronunciado en vida: “Si me buscáis, buscadme en vuestro silencio, en el silencio de vuestro corazón. Allí me encontraréis”.

No tengo la menor duda de que este libro será de gran ayuda no solo a los que conocieron en vida a José F. Moratiel y recibieron directamente su enseñanza, sino también a los que nunca lo han conocido. Gracias a esta excelente recopilación recibirán el impacto de unas palabras sabias de un hombre embriagado de Dios que tuvo el don de transmitir y contagiar tal embriaguez por la vía del Silencio.

Introducción.

La docilidad al Silencio

José Fernández Moratiel nació en Santa Olaja de Eslonza, provincia de León el día 17 de marzo de 1936. Se ordenó sacerdote en 1962, en la orden de los Dominicos, cursó estudios de teología y filosofía. Como sucede todo en la vida, inadvertidamente, su ministerio fue desembocando poco a poco en el *Silencio*, y comenzó a derramar su sentir, su enamoramiento apasionado de la vida por España y América, a través de encuentros, o retiros, a los que, los que acudíamos a ellos, llamábamos: *Silencios*. Acudir a cada uno de esos *Silencios* en mi caso, era como acudir a una celebración, a unos esponsales, en este caso de reconciliación con uno mismo.

Los *Silencios* tenían pocos elementos, básicamente un horario en el que la mayor parte del tiempo lo ocupaba la oración, o meditación sentada; un rato de silencio corporal, con unos sencillos ejercicios que él mismo guiaba; a esto había que añadir unos espacios para el encuentro con él, en los que, salvo el último día en el que se abría un espacio para compartir, solo íbamos a escucharlo a él, pero era una escucha fértil, porque se escuchaba desde el corazón.

Moratiel (como le llamábamos cariñosamente) llevaba unas pequeñas fichas de cartón en las que figuraban los versículos de

la Biblia que había elegido para compartir en ese encuentro, y luego se dejaba decir. Esos versículos eran la mayoría de ellos de los Evangelios, y también del libro de los Salmos y algunas citas más del Antiguo Testamento. Esas citas, las que yo tomé al menos, figuran en un apéndice a este libro. Siempre hablaba de lo mismo, ya lo decía él, no le importaba repetirse, porque la repetición tenía un sentido, a mi modo de ver, muy especial. Primero dejar claro que lo importante en el camino del *Silencio* no era la palabra, sino la práctica, la palabra era solo un pequeño auxilio, sobre todo inspirador. “Lo que nadie nos puede enseñar”, eso era el núcleo de los *Silencios*, su esencia. Ese volver una y otra vez sobre lo mismo, se me hacía también como una caricia, pero a la vez era algo muy potente, con una fuerza arrolladora, no hay mejor similitud que decir que era como el agua, que al pasar acariciando suavemente las piedras, termina redondeándolas, a pesar de su dureza. La repetición tenía otro sentido también para mí: no se alimentaba a la mente con demasiados contenidos, ni con disquisiciones, cuando él hablaba, sus palabras tenían vida, siempre eran nuevas, no porque hubieran sido elaboradas de nuevo, mentalmente, sino porque salían directamente del corazón. La repetición, también me hizo ver que lo que yo recibía, aunque sus palabras fueran las mismas, era nuevo en mí, porque mi estado interior era diferente, me “tocaban” cosas distintas porque eran las que en ese momento necesitaba escuchar. Empecé a disfrutar así de la *palabra* en los *Silencios* porque me di cuenta de cómo iba haciendo su trabajo en mi interior, acompañando al *Silencio*, silenciándome y entrenándome en la escucha, en una escucha fuera del tiempo.

La repetición era, al fin y al cabo, lo que es la vida, que parece rutinaria, pero que siempre es nueva. Moratiel nos decía que si no sabíamos ver la novedad en la vida, que si estábamos aburridos en ella, era porque estábamos “distráidos”, porque nuestra mirada no estaba atenta; a eso nos invitó siempre, a despertar.

INTRODUCCIÓN

Como insistente discípula de sus *Encuentros del Silencio*, fui anotando a lo largo de siete años las cosas que más me llegaban. Cuando Moratiel se marchó (solo de una determinada manera, porque en realidad siempre ha estado) decidí retomar ese tesoro que tenía entre mis manos y empecé a acariciarlo, a ver su contenido, a agrupar los conceptos que repetía, a completarlos de unos encuentros con otros, y se fue configurando lo que ahora es este libro. No es una transcripción literal de sus cintas. Tiene otro sentido, y es el de extraer de todo el conjunto de lo que escuché, de lo que llegó a mí, una esencia de sus enseñanzas. Lo que aquí presento ahora es simplemente una obra de amor hacia él y hacia el *Silencio*.

Pasados diez años de su partida, he sentido ahora que había llegado el momento de compartir esta sabiduría, sobre todo para los que no tuvieron la oportunidad de conocerlo. He recogido su enseñanza en tres secciones: la primera ofrece frases literales sobre diversos temas que fueron apareciendo a lo largo de tantos años; la segunda recoge leyendas o relatos que le sirvieron para transmitir de un modo más ameno y narrativo su mensaje y en la tercera sección presento algunos párrafos comentados sobre las cartas que nos mandó en la convalecencia de las enfermedades que atravesó. He añadido una última sección donde he recogido el testimonio de algunas personas sobre la impronta que J.F. Moratiel y su enseñanza dejó en ellos, y el de otras que han saboreado largamente la experiencia, la vivencia del *Silencio*. Porque lo que realmente transformó nuestras vidas no fueron sus palabras sino su forma de vivir y ser *Silencio*, su forma de transmitir el amor y la pasión por el *Silencio*, por la vida que se encontraba dentro y fuera de nosotros.

Siempre que acudíamos a un Encuentro de *Silencio*, en el comienzo, J.F. Moratiel nos solía decir que si bien cada uno de nosotros estábamos allí porque así lo habíamos decidido y habíamos

hecho un viaje, dejado nuestras casas y nuestras familias por propia voluntad, pero a la vez, era el *Silencio* el que nos había convocado, que estábamos allí acudiendo a una llamada que escuchábamos en nuestro interior. Y algo dentro resonaba con esas palabras porque en el fondo sabíamos que eran ciertas, que toda la vida de uno, al fin y al cabo, es un viaje en respuesta a esa llamada.

También nos decía algo importante de recordar, como después a lo largo de la vida hemos constatado, que si traíamos algún problema acuciante, alguna preocupación, que la expusiéramos al *Silencio*, y la dejáramos allí para que poco a poco se fuera resolviendo, para que los nudos se soltaran y pudiéramos ver con claridad, sin hacer nada, sin poner nada de nuestra parte, más que la quietud y la escucha. A través del agua agitada no podemos ver nada, hay que dejarla que repose, nos decía. Nos invitaba con ello al descanso, a una pausa que nos permitiera ver nuestra propia vida con una cierta distancia, con una cierta tranquilidad.

Nos recordaba constantemente que al *Silencio* se viene a no hacer absolutamente nada, y en ese no hacer, en esa pausa, encontramos toda la felicidad. ¡Costaba tanto creer eso, creer en esa pobreza! Vamos siempre tan dispuestos a poner de nuestra parte, a afanarnos, que ese quitarnos de en medio, esa actitud de escucha nos es costosa.

Es una empresa imposible definir el Silencio, porque en sí mismo es indecible, se escapa a cualquier construcción mental que podamos hacer sobre él, pero si pudiera elegir una de esas aproximaciones que nos ofreció J.F. Moratiel, elegiría esta: “De lo que nos liberamos en el *Silencio* es de todo lo que nos separa de los otros y de uno mismo”. El *Silencio* como liberación de lo que nos separa de dentro y de los demás, el *Silencio* como libertad, esa era la invitación, la propuesta de la Escuela del *Silencio*.

J.F. Moratiel no dejaba de insistir en que la Escuela del *Silencio*, no era un lugar en el que se nos enseñara sobre el *Silencio*, sino el lugar en el que el *Silencio* era el maestro, el único maestro,

como no se cansaba de repetir. No se venía a aprender nada, sino a despojarse de tantas consideraciones sobre el mundo y sobre nosotros mismos que nos lastran y nos agobian. Despojarse para llegar a la fuente de toda sabiduría.

La propuesta de J.F. Moratiel era sencilla, muy simple, por eso llego tan hondo en nosotros, la propuesta era la quietud y el despojo. Nos decía J.F. Moratiel que no hay que introducir nada en nuestro interior, más bien hay que despojarse de todo lo que nos sobra, despojarse de lo que sabemos, de lo que creemos, de toda construcción mental y emocional, y quedarse ahí, en casa, acogidos en esa morada en la que siempre hay algo que nos aguarda, el *Silencio*.

Muy pocas eran las instrucciones sobre qué hacer: la postura justa, una mente en calma, anclarse en la respiración, en el soplo, y volver una y otra vez al *Silencio*, sin culparse, sin desfallecer. Lo que sí se mostraba como necesario era un cierto enamoramiento, un caminar enamorado hacia esa alcoba íntima. Cuando el perro ha olido la presa, nos decía él, no para hasta encontrarla, aunque muera de agotamiento en el intento. Y en la Escuela del *Silencio* se nos facilitaba el poder percibir ese aroma por nosotros mismos.

Era una propuesta sencilla, como hemos visto, también radical, porque iba a la raíz, “Ve, vuelve a la raíz de las raíces, que es tu propia alma”. Este verso de Rumi era citado por J.F. Moratiel en los Encuentros. No se andaba por las ramas, de las ramas hay que soltarse nos contaba él en una leyenda, hay que descender a lo profundo, dejar caer, desprenderse de todo, ir a la raíz que es donde se encuentra el tesoro para el hombre: su libertad.

Lo que J.F. Moratiel nos ofreció en esa Escuela del *Silencio* fue un camino inacabable, radicalmente sincero y honesto, porque nos ponía en manos de nuestra propia desnudez, sin asideros, con valentía, porque siempre nos transmitió que bajo la sombra del gran árbol del *Silencio* no había nada que temer, porque el miedo

pertenece a otro estrato de nuestra vida, a un estrato más frágil, más pasajero, pero el lugar al que nos invitaba, al que estamos permanente e incansablemente llamados, no tiembla, es indestructible.

Siempre señaló hacia nuestro propio corazón, advirtiéndonos, quizás con ello, de las dependencias de los “maestros”, del deslumbramiento de lo que está fuera de nosotros. “La felicidad nunca la vais a encontrar en lo exterior” nos decía, “el *Silencio* es lo que nadie os puede enseñar”.

El *Silencio* también era para él, e insistía mucho en ello, un lugar para acercarse al otro; no una huida ni un refugio para aislarse del mundo. “El *Silencio* es una experiencia solidaria”, decía él, porque nunca estamos más cerca del otro, que cuando frecuentamos lo que somos en realidad.

En los Encuentros de la Escuela del *Silencio* no había demasiada exigencia en cuanto a aspectos formales, eso sí, un recordatorio constante de que no hablar es no hablar, y que el silencio verbal era una ayuda grande para entrar en esa pausa, en esa interioridad a la que se nos invitaba y a la que habíamos acudido libremente. También que el *Silencio* de cada uno era el *Silencio* de todos y que era de gran ayuda para los demás cuidar de nuestro propio *Silencio*. Enorme lección esta para nuestra vida actual, en la que deberíamos de procurar atender al lugar desde el que cada uno se mira a sí mismo y a lo que le rodea.

“El camino del *Silencio* va contra corriente, pero es nuestra oportunidad” nos decía J.F. Moratiel y en esa novedad, en esa libertad fue en la que nos propuso vivir. “La luz de cada día es una luz que nunca ha sido”, y con esa frase nos recordaba que hay una mirada pura, inocente y a la vez firme y clara a la que estamos invitados en este caminar que es la vida. Una mirada inconformista respecto a la manera en la que se nos ofrece una interpretación

INTRODUCCIÓN

del mundo, una mirada que surge nueva de nuestro corazón, no hay nada más revolucionario ni más radical que esto.

El camino del *Silencio* es austero, nos decía él al terminar los Encuentros, pero es seguro que si persistes en él, te conducirá seguro a casa, a lo que somos, a lo que estamos llamados a ser.



I

Enseñanzas del Silencio

Como ya he mencionado en la introducción, esta primera parte recoge palabras de J.F. Moratíel en las charlas que impartía en los retiros de la Escuela del Silencio y provienen de los apuntes que tomé de los mismos. No hay en el texto ninguna aportación mía, salvo la de compilarlos, ordenarlos y agruparlos por temas. La única palabra que es una contribución por mi parte son los encabezamientos o títulos de los distintos apartados que se especifican.